

governado por los representantes del pueblo, en una república aristocrática con un presidente cuyo cargo es hereditario y lleva el título de rey, pero con menos poder que suelen tener los presidentes de república usuales, porque estos son también elegidos del pueblo, y como tales es individual su carácter y su papel en las asambleas procedentes de los mismos electores, mientras el rey es en Inglaterra solo un símbolo. Acabó de desarrollarse y perfeccionarse este sistema en el siglo siguiente, pero su base fundamental fué la «revolucion gloriosa» de 1688. Después el sistema de gobierno parlamentario de Inglaterra ha sido el ejemplo y el patron para todas las demás naciones del continente, y por esto ocupa en los anales de la historia de la humanidad un puesto distinguidísimo, y ha dado y dará lugar á consecuencias que no se ciñen ya á los límites estrechos de Inglaterra, ni á los de Europa.

Además de esta inmensa significacion general, tenía la revolucion política de Inglaterra otra muy importante é inmediata.

Con aquel cambio radical quedó destruido el lazo de amistad que desde 30 años antes unía á este país con la Francia, y se colocó la Inglaterra de repente en el puesto que naturalmente le correspondía, en la primera fila de la raza germánica en la lucha contra la opresion y preponderancia de la Francia. Cabalmente entonces tenía Inglaterra á su cabeza al mas decidido enemigo de Luis XIV y de sus proyectos de dominacion universal que desde aquel momento podian considerarse desbaratados.

No hay que olvidar, en efecto, que ya en la primera coalicion solo logró Luis vencer á sus adversarios por la oculta amistad que mediaba entre él y Carlos II, y que la sola sospecha de que ingresara la Inglaterra en la coalicion, había sido suficiente dos veces, en 1668 y 1678, para que retrocediera el rey de Francia. La rapidísima victoria del príncipe Guillermo le consternó pues completamente, y con mucha razon, porque las consecuencias de este suceso se hicieron sentir muy pronto. En Viena, en Madrid y hasta en Roma todo fué júbilo, aunque ni el emperador ni el Papa habían sabido nada de la empresa de Guillermo hasta verla consumada y vencedora; todos incluso la asamblea de los magnates católicos, reunida en Regensburg, saludaron la caída de Jacobo II como su salvacion, y las voces que aquí ó allá se declararon contra la subida de Guillermo de Orange al trono desde el punto de vista religioso y legitimista quedaron pronto reducidas al silencio.

El nuevo rey decidió á la cámara de los comunes á hacer á la Francia una declaracion de guerra, y apenas se supo en Holanda, cuando la asamblea general de sus provincias, segura ya del auxilio inglés, firmó en 12 de mayo de 1689 una alianza ofensiva y defensiva con el emperador, con el objeto principal de restablecer los tratados de paz de Westfalia y de los Pirineos. En esta alianza no ingresó Guillermo de Orange sino hasta setiembre de 1689; pero en la primavera del mismo año habían declarado ya la Inglaterra y la Holanda por su cuenta la guerra á la Francia. En fin, la segunda coalicion grande y extensa contra la Francia estaba creada, en gran parte, por obra de Guillermo de Orange, que lleno de júbilo, al saber que el parlamento le votaba los recursos necesarios para la guerra contra el enemigo comun, exclamó: «¡Hoy es el primer dia de mi reinado!» y tenía razon, porque había llegado al blanco de los deseos de toda su vida, y porque Luis XIV ya no tenía enfrente de sí uno ó dos enemigos sueltos, sino toda la Europa.

La dificultad para los aliados y la ventaja para Luis era que aquellos no podian organizar una direccion única y enérgica, y este sí, por lo cual había podido hacer sus grandes y

pequeñas sorpresas con precision y éxito matemáticos, como la que hizo á Holanda en 1672. A la sazón sucedía lo mismo. Al principio realizaron las tropas francesas conquistas rapidísimas á costa de sus contrarios, nada preparados. En pocos dias se apoderaron de todas las plazas fuertes, sitiadas simultáneamente, del Palatinado rhiniano, con excepcion de Philippsburgo que resistió valerosamente al príncipe heredero de Francia, y fué menester toda la ciencia de Vauban, que acompañaba al delfín, para reducir la guarnicion despues de cuatro semanas de asedio á la capitulacion que le fué concedida con todos los honores. Fuera de este caso, no supo nadie resistir á los franceses. Maguncia, baluarte del Rin central, defendida pocos años antes por fuertes bastiones, fué entregada cobardemente por su príncipe elector, sin disparar un solo tiro, al mariscal Boufflers. El príncipe elector de Tréveris, al saber la aproximacion de los franceses, huyó á toda prisa, y la ciudad abrió naturalmente sus puertas. Jamás se puso tan en evidencia como entonces el inconveniente de que fueran prelados los príncipes que estaban encargados de defender las fronteras occidentales del imperio. Con excepcion de Colonia y Coblentz, dominaron entonces los franceses todo el Rin, desde Basilea hasta Wesel, incluso su gran afluente el Neckar.

Es seguro que los enemigos de Francia, desalentados por las victorias del veloz enemigo y por su propia torpeza, se habrían retirado como cuatro años antes, si no les hubiese animado esta vez la revolucion inglesa que acabó por reducir á la Francia á la defensiva.

Impercedera, sin embargo, es la gloria de este último país cuando atacado por toda la Europa occidental y central, se defendió, asombrando al mundo con la abundancia de sus recursos, las dotes militares de sus habitantes y el brillante talento de sus generales. En cambio, hay que tener también presente que el emperador de Alemania tenía á la sazón sus mejores tropas ocupadas contra los turcos sin medio de distraerlas, de modo que solo tenían que luchar contra los contingentes menores, pequeños y pequesísimos respectivamente, de los diferentes potentados del imperio de tercero, cuarto y último órden. No cesaron la Inglaterra y la Holanda de instar al emperador para que hiciera la paz con los turcos, á fin de reducir primero al enemigo mas temible, el francés; pero todo fué en vano; Leopoldo II prefirió coger laureos fáciles y hacer conquistas que podia igualmente hacer despues, á la gloria de unir sus fuerzas á las de otros y vencer de una vez al peor enemigo del imperio. Este egoismo, esta vanidad y obcecacion del emperador, poderoso auxilio para Luis XIV y contra la misma coalicion, fueron tanto mas vituperables cuanto que el emperador debía al auxilio desinteresado de los potentados alemanes haberse salvado con su país de los turcos, haber reducido á éstos á la defensiva y haber hecho conquistas con las tropas imperiales.

CAPITULO II

LUIS XIV LLEVA VENTAJA Á LA COALICION

Cuando el ministro director de la nacion francesa conoció los peligros que con su brutal conquista del Palatinado había suscitado contra su país, era tarde; pero no por esto dejó de arbitrar recursos para hacerles frente, recursos extraordinarios y desconocidos hasta entonces. Armó 50,000 hombres sacados de las poblaciones marítimas para defender las costas contra los ataques de las fuerzas inglesas y holandesas; obligó á la nobleza á montar á caballo y defender como en la Edad Media á su señor feudal; la marinería, que había cumplido sus años de servicio, fué llamada de nuevo á los

buques de guerra; repartió patentes de corso contra los buques mercantes ingleses y holandeses, y entonces el famoso Juan Bart de Dunquerque se hizo muy pronto el modelo de estos piratas, con permiso superior. Mas para todo esto eran menester fondos, que no había medios de reunir por las vías usuales, pues que ya no bastaban para suplir las demás atenciones del gobierno; y aunque se emprendieron las acostumbradas excursiones de rapiña en los países vecinos sin esperar la primavera, no dieron bastante para llenar las arcas reales. Acudióse á los empréstitos; pero en aquellos tiempos no estaba aun suficientemente desarrollado el crédito público, y la Francia estaba además muy desangrada, para que este remedio hubiese podido llenar el vacío. En este apuro echóse mano del recurso mas fatal: la venta de los empleos. A este fin se crearon innumerables destinos nuevos, pagándose algunos hasta 1.140,000 pesetas de nuestra moneda, cuya suma, amén de los beneficios, tenían naturalmente los compradores autorizacion para cobrarse del pueblo maltratado é infeliz.

Muy pronto se convenció Louvois de que por grandes que fuesen sus armamentos, no bastaban para guardar todas las plazas conquistadas el año anterior; y en su consecuencia, repitió en ellas las horribles fechorías que había cometido cuando se vió obligado á renunciar á las conquistas hechas en Holanda y Flandes, con motivo de la otra coalicion europea; es decir que al retirarse, se vengó á manera de salvaje en los habitantes indefensos; solo que esta vez, en el Palatinado cebóse aun con mayor saña y crueldad y mas sistemáticamente que en Holanda. Con los años se habían aumentado la protervia innata y la crueldad de aquel hombre, que empleó su inagotable talento y elevadas dotes en merecer la execracion del género humano y en último resultado, aunque no lo creyera tal vez, en hacer daño á su propio país. Viendo que no podia conservar el Palatinado, resolvió arrasarlo y devastarlo afin de que los enemigos no pudiesen establecerse en él. Aquellas comarcas que los franceses habían ocupado en medio de la paz, sin declaracion previa de guerra, sin agravios que vengar y sin provocacion de parte de Alemania, fueron asoladas con inaudita sangre fría. Empezaron los franceses por saquear y arrasar las fortificaciones y murallas de diferentes ciudades en el Wurtemberg, y las poblaciones del Palatinado á orillas del Neckar: esto por vía de prólogo. Después, minaron el magnífico y grandioso castillo de Heidelberg, y le volaron; luego incendiaron la ciudad por varios puntos; y á no tener que salir de allí apresuradamente, la hubieran reducido toda á cenizas. En cambio arrasaron completamente todas las poblaciones entre Heidelberg y Mannheim incluso esta última ciudad de la cual no quedó piedra sobre piedra; y todo esto se hizo con calma, como quien desempeña una tarea á conciencia sin la menor muestra de compasion ni mas cuidado que el de dejar el trabajo bien hecho. Igual suerte tuvieron Oppenheim, Spira y Worms; las cenizas de los emperadores fueron sacadas de sus venerados sepulcros y esparcidas al viento; los caminos fueron destrozados para hacerlos intransitables y los puentes rotos. Los habitantes de los pueblos condenados por órden superior á desaparecer del país fueron arrojados desnudos y sin recursos al campo en medio de las heladas del invierno. Cruel había sido la soldadesca en la guerra de los Treinta años; pero cometían sus inauditas crueldades para robar, ó para vengarse; no las cometieron con la sangre fría de aquellos franceses, ni tan ordenada y sistemáticamente. ¿Puede extrañarse que los alemanes tuvieran grabados por muchos siglos en su memoria estos horrores y aprendieran á odiar mas á los franceses que á los turcos?

Consuela en cierta manera saber que estos actos de fero-

cidad no produjeron á la Francia ninguna utilidad, porque le faltaba lo principal: los ejércitos famosos de antes. En las obras de desviacion del rio Eure habían quedado aniquilados los mejores regimientos; no existía aquel ejército bizarro y disciplinado de diez años atrás; y las hordas incendiarias que arruinaron el Palatinado, y á las cuales sus oficiales embriagaron adrede para que trabajaran con mas ánimo en la obra de destruccion, aquella soldadesca á quien todo le era permitido, á pesar de su imponente número no era capaz de vencer ni rechazar á las huestes de la coalicion. Para impedir que éstas penetrasen en Francia, el gobierno de Versalles tuvo que resolverse á asolar sus propios distritos fronterizos y á prohibir que se sembraran los campos, porque las tropas de la coalicion iban avanzando sin cesar. Seis mil brandeburgueses entraron en el Brabante para defender el importante obispado de Lieja contra los ataques franceses. El feld-mariscal de Schoening atacó con 20,000 brandeburgueses apoyados por tropas holandesas, suecas y de Munster, á los franceses que ocupaban el electorado y obispado de Colonia y derrotó en 2 de marzo de 1689 cerca de Neuss al general francés Sourdis, obligándole á evacuar el país excepto algunas fortalezas que fueron también tomadas sucesivamente. Solamente Bonn se defendió valerosa y tenazmente con sus 8,000 hombres de guarnicion mandados por el conde de Asfeld. Tres meses defendieron éstos la plaza contra la cual vomitaban sus mortíferos é incendiarios proyectiles 300 cañones y 80 morteros, y solo cuando no quedaba mas que un monton de escombros capituló la guarnicion á mediados de octubre, contando solo 1,500 individuos que obtuvieron retirada libre.

El causante de estas desgracias, el traidor Furstenberg que había entregado á los franceses á Estrasburgo y el territorio de Colonia, una vez perdido este territorio, anduvo fugitivo y sin patria, porque su principado, objeto de la contienda, volvió á quedar en manos de alemanes.

No lejos de allí, en Flandes, alcanzaron los aliados otra gran victoria no menos decisiva é importante, porque el conde soberano de Waldek, que se había formado en la escuela del Gran elector de Brandeburgo, derrotó á la cabeza de un ejército anglo-holandés al mariscal Humières el dia 25 de agosto cerca de Valcourt, obligándole también á abandonar el territorio belga.

A principios del mes de julio los contingentes del imperio en número suficiente y bajo el mando del duque de Lorena y del príncipe elector de Baviera Maximiliano Manuel, se reunieron en la cuenca del Alto Rin para expulsar á los franceses del Palatinado y proceder en seguida al sitio de Maguncia; pero la recuperacion de esta plaza, abandonada tan ligeramente en el otoño anterior á los franceses, costó mucho tiempo, grandes esfuerzos y rios de sangre, porque los franceses habían aumentado las obras de defensa, y guardado la plaza con 10,000 hombres de tropa escogida á las órdenes del heróico Huxelles, que finalmente despues de dos meses de encarnizada lucha, obtuvo libre retirada con todos los honores de la guerra.

Los laureos alcanzados por Asfeld y Huxelles no impidieron que los franceses, expulsados de los muchos territorios del imperio que habían invadido, se vieran ya amenazados en su propio país. Igualmente fueron derrotados en España, donde habían pensado sacar provecho del descontento de los catalanes. Luis XIV había enviado al duque de Noailles con un pequeño ejército á Cataluña, donde estaba preparada una sublevacion; pero no llegó á estallar; y como el duque no tenía que habérselas entonces con infelices é indefensos hugonotes, sino con españoles en armas, se entretuvo en operaciones de poca importancia, hasta que aproximán-

dose un ejército español, que, á la verdad iba en tristísimo estado de recursos, tuvo que retirarse con pérdidas considerables al otro lado de los Pirineos.

Tantas ventajas autorizaban la esperanza de llevar al año siguiente el teatro de la guerra al territorio francés y castigar allí á los franceses, por las infinitas é indecibles calamidades que habian sembrado en los países vecinos; cosa tanto mas factible al parecer, cuanto que en el interior de la Francia se notaban ya muchas señales de descontento. Mientras Luis XIV habia sido victorioso le habia perdonado la nacion su despotismo, sus contribuciones abrumadoras y su desprecio hácia la clase media; pero despues de derrotas graves y repetidas era muy posible que el odio latente en el pueblo contra las clases opresoras y dominantes, tomara formas peligrosas. Así lo temió el mismo rey; que por lo demás tampoco ignoraba que muchos de sus súbditos continuaban en secreto siendo hugonotes, y reuniéndose en puntos solitarios para orar juntos, y para ejercitarse en el manejo de las armas. Luis XIV empezó á ver en el sol rutilante de su majestad diferentes manchas ominosas, y á conocer la angustia y el temor de una posible derrota definitiva. Echó naturalmente la culpa sobre sus servidores, y entonces tocó á Louvois expiar la conducta que habia tenido con su compañero Colbert. Su gran poder é influencia en la direccion del país eran hacia ya tiempo una mala espina en el devoto corazon de la ambiciosa Maintenon, que odiaba con todas sus fuerzas á tan incómodo competidor, y no dejó de aprovechar tan hábilmente las desgracias últimas para excitar el rey su esposo contra el ministro.

Todo esto componia un cúmulo de circunstancias favorables á la realizacion de las esperanzas de las potencias coligadas; pero la bien trabada y brillante monarquía de Luis XIV tenia fuerzas para desafiar todavia muchos embates furiosos. Los diplomáticos franceses trabajaron con tanta perseverancia como habilidad y buen éxito para suscitar nuevas dificultades á los enemigos de su rey y de su país, conforme se vio en los dos extremos de Europa, en el Sudeste y el Noroeste.

El emperador Leopoldo vió en la reconquista de la Hungría solo una ocasion de castigar á los magyares por su impio levantamiento contra todo órden divino y humano, y por su espíritu independiente en política y religion, así como de dar á toda la revolucion un fin sangriento. Quería doblegar á la nobleza húngara como en tiempos pasados se habia doblegado á la bohemia despues de la batalla del Monte Blanco. El general Caraffa estableció con este objeto un tribunal militar en Eperies, que bajo la acusacion ó pretexto de opiniones revolucionarias corroborada por el testimonio de un delator y de dos rameras, dió tormento y mató á centenares de infelices, y arruinó á sus familias confiscando sus bienes. Este tribunal fué llamado el «tribunal sangriento de Eperies» y Caraffa recibió del emperador en recompensa de su crueldad el grado de feld-mariscal ó capitán general de las ejércitos.

Creyendo el emperador suficientemente humillado el espíritu discoló del pueblo húngaro, quiso aprovechar las victorias alcanzadas por sus tropas para sacar ventajas permanentes y convocó el parlamento húngaro á Presburgo. Los húngaros, sin fuerzas para oponerse á las exigencias del gobierno, tuvieron que renunciar á los dos fueros mas principales que consideraban los baluartes de su libertad; el derecho de eleccion y el de insurreccion. Perdido este último, ya no podia levantarse el noble en armas contra el rey, y el primero no tenia razon de ser, porque el parlamento declaró la corona de Hungría hereditaria en los primogénitos en la línea masculina de los Habsburgos. Habiendo el par-

lamento de Presburgo votado estas determinaciones en diciembre del año 1687, fué coronado solemnemente como primer rey hereditario de Hungría el archiduque José, hijo mayor del emperador.

Mientras esto sucedia, no olvidaba el emperador la persecucion á los protestantes, que iba vigorosamente adelante á despecho de los muchos potentados soberanos alemanes que siendo de esta religion le habian ayudado á reconquistar la Hungría. En la Hungría Alta les quitó de nuevo todas las iglesias y escuelas. En general lo que habia hecho su abuelo Fernando II con los infortunados bohemios, hizo Leopoldo I con los húngaros.

Dispuesto ya todo esto y asegurada por la fuerza la sumision de los húngaros, pasó á arreglar sus relaciones con la Transilvania, que conservó todos sus fueros é inmunidades políticas y religiosas, incluso el derecho de eleccion de su príncipe; solo que todo esto era ilusorio desde el momento en que volvía á su anterior dependencia feudal de la Hungría, pues tuvo que admitir guarniciones de tropas imperiales y pagar además una pesada contribucion.

En Munkacs cayó en manos del emperador, despues de una valerosísima defensa de la plaza, la fiel esposa de Tökölly, Elena Zriny con sus hijos que fueron llevados con su madre á Viena en calidad de prisioneros.

Mientras las armas alemanas rechazaban á los turcos y su barbarie de la Europa central, soldados al servicio de la república de Venecia les arrancaban otros territorios en Grecia.

Venecia no era á la sazón mas que la sombra de su antigua grandeza y opulencia, porque desde el descubrimiento de América, del camino marítimo á la India oriental, y de la mayor ó menor colonizacion de aquellas regiones por diferentes naciones europeas, se habia trasladado el comercio de ultramar de Venecia á Sevilla, Lisboa, Havre, Amsterdam y Lóndres, y por otra parte las guerras con los turcos desde mediados del siglo xvii habian aniquilado completamente el tráfico de la república con las costas de Levante. El puerto, antes tan animado de la ciudad de las lagunas, se quedó desierto, y los recursos menguaron hasta secarse por completo sus fuentes; el gobierno no pudo atender al pago de los intereses de su enorme deuda, y hubo de efectuar una conversion, que no fué mas que una quiebra disimulada. Entre tanto crecieron en el interior el lujo y la corrupcion en todas las clases de la sociedad, la indiferencia por el bien de la patria, y las disensiones entre las familias aristocráticas que se disputaban el gobierno, y que solo estaban de acuerdo, degeneradas y empobrecidas ya, para sostenerse en él á cualquier precio sin que conociesen en su terquedad ciega y en su recelosa tiranía y crueldad, que toda aquella organizacion caduca era ya insostenible. Conspiraciones verdaderas y supuestas, con su séquito de espionaje y delaciones falsas, tenian en continua agitacion á la autoridad y al pueblo.

Las arcas del gobierno estaban vacías; pero como la guerra con los turcos devoraba grandes sumas, era preciso echar mano de los recursos mas fatales, como la venta de los empleos, de los títulos de nobleza y de los bienes nacionales á cualquier precio. Como todo país puramente mercantil, carecia Venecia de ejército nacional y enganchaba mercenarios en Italia ó alquilaba tropas de los potentados alemanes, que entonces, como en tiempo del imperio romano, y como en otros mas modernos, comerciaban indignamente con la sangre de sus súbditos. En la época de que tratamos mandaba las tropas alemanas al servicio de la república el ex feld-mariscal sueco, conde de Königsmark; y todas las fuerzas juntas el general en jefe Francisco Morosini.

Este último caudillo, despues de haber alcanzado ciertas ventajas en la Dalmacia, dirigió sus operaciones, en el año 1685, contra la Morea, el Peloponeso de los antiguos, donde apoyado por la poblacion griega, hizo luego notables progresos; de suerte que en 1687 habia conquistado toda la Morea, puso sitio á Atenas y bloqueó las islas vecinas. En este sitio una funesta bomba veneciana destruyó el monumento mas grandioso y sublime de la época mas brillante del arte griego, el Partenon, que servía á los turcos de polvorin; Atenas cayó en manos de los venecianos, pero desde esta victoria empezó á declinar su fortuna en la guerra. Un ataque sobre Negroponto fué rechazado, y en la primavera de 1688 las tropas de Venecia abandonaron á Atenas, acompañando la poblacion con desgarradores lamentos cuando se marcharon.

Durante estos sucesos los polacos habian dirigido sus esfuerzos contra la Moldavia, entonces en poder de los turcos, pero á pesar de acaudillarlos casi siempre su héroe Sobieski, fueron rechazados todos sus ataques. Otro tanto pasó á los rusos, que habian entrado en la alianza contra los infieles, y lucharon para apoderarse de Crimea. En las varias campañas que con este objeto emprendieron fueron siempre derrotados con inmensas pérdidas.

Grandes fueron en cambio las ventajas que en el mismo tiempo obtuvieron las fuerzas imperiales bajo el mando supremo del príncipe elector de Baviera, Maximiliano Manuel. Conquistaron en 1688, además de otras plazas fuertes, la importantísima fortaleza de Belgrado, la llave de Hungría y de la Servia. Al mismo tiempo penetró hasta el corazon de la Servia y de la Bosnia otro ejército imperial á las órdenes del margrave Luis de Baden, caudillo demasiado lento, pero previsor y metódico, que derrotó á los turcos en tres grandes batallas campales, la última y decisiva en 1689 cerca de Nissa. Despues de estas victorias se rindieron una tras otra, casi todas las plazas fuertes del Bajo Danubio.

Siendo tan desesperada la situacion de los turcos, acorralados por cuatro adversarios todos poderosos y por diferentes lados, era natural que la Puerta deseara hacer la paz para salvarse de la ruina total; propósito que por órden de Guillermo III apoyaron vivamente los holandeses en Constantinopla, donde era muy grande su influencia. A ellos y á Guillermo III convenia que el emperador se viese en estado de enviar tropas al Rhin; y en efecto lograron que el sultan enviara en febrero de 1689 una embajada con proposiciones de paz á Viena. Esto, segun se comprende, no convenia de ninguna manera á Luis XIV, el cual se apresuró á enviar á Constantinopla en junio del mismo año el marqués de Chateaufort para animar á los gobernantes de aquel país á la resistencia, haciéndoles una viva pintura de los recursos de su rey y del impetu irresistible con que pensaba caer sin demora sobre el emperador, y obligarle á desmembrar sus ejércitos y dirigir los mejores regimientos con sus generales mas peritos sobre el Rhin. Estos argumentos políticos, acompañados y apoyados por sumas respetables en oro, produjeron pronto el efecto deseado. El lenguaje del embajador turco en Viena se fué haciendo cada vez mas áspero, mas terco y difícil, hasta negarse á hacer concesiones territoriales de cierta importancia.

Sobieski, tratado por el emperador con rudeza, se vió de repente muy halagado por los agentes de Luis XIV, y se dispuso á reconciliarse con los turcos, y acaso á aumentar su territorio á expensas del Austria. El emperador Leopoldo, entre tanto, se hacia el sordo á todas las exhortaciones de los embajadores inglés, holandés, español y brandeburgues, que le instaban á que se contentara por lo pronto con pocas ventajas en el extremo Oriente para dedicarse ante todo á

vencer al enemigo mas temible de la cristiandad, que era Luis XIV. En vano le dijeron que una vez vencido este, costaría muy poco la completa sumision ó derrota de los turcos. No lograron nada, porque la guerra del lado del Rhin era de interés general, y el beneficio que el Austria pudiera sacar de ella seria parcial, mientras que en la guerra contra los turcos todas las ventajas que alcanzara, entre ellas la probabilidad de un grandísimo acrecentamiento territorial, serian para ella sola.

Finalmente no hubo medio de conciliar los extremos entre el Austria y la Turquía; se rompieron las negociaciones y la embajada se marchó de Viena como habia ido.

Era esta una ventaja incalculable para Luis XIV, que poco tenia que temer ya de parte de la Alemania, porque todos los contingentes de los soberanos pequeños del imperio mientras no fueran reforzados con las huestes imperiales, eran poco para constituir un peligro serio contra la Francia, protegida por su triple hilera de plazas fuertes organizadas y armadas por un Vauban.

Del lado del Norte logró tambien la diplomacia francesa, como en las fronteras orientales, inutilizar á sus adversarios mas peligrosos.

La gran mayoría de la poblacion de Irlanda era partidaria de Jacobo II. Cuatro quintas partes de la poblacion de esta isla desgraciada eran de raza celta; su religion era la católica, y su estado social el de ilotas, el del antiguo colono siervo del terruño, á consecuencia del *Act of settlement* (1) de Cromwell despues de la rebelion de los irlandeses contra el parlamento. Estas cuatro quintas partes habian quedado privadas de toda su propiedad inmueble y excluidas de todo empleo y participacion en el gobierno de la isla, que estaba en manos de una reducida colonia inglesa de religion protestante, propietaria de las tierras, fincas, palacios, quintas, caserías y habitaciones de colonos y arrendatarios, de que antes eran dueños los hijos del país. El clero anglicano, enviado á la isla, disfrutaba de una brillante dotacion á costa del país, á pesar de no tener feligreses y de que en muchas iglesias se reducía el número de fieles que asistian al culto, al mismo cura párroco y á su sacristan; y mientras tanto el clero católico, tan atareado en medio de la numerosa poblacion católica, pobre, hambrienta y sucia, tenia que vivir con ella en la misma pobreza y miseria. ¡Qué odios debian de hervir en los corazones de aquellos oprimidos, contra sus amos extranjeros, de otra raza y otra religion además! ¡Odio de raza, de fanatismo religioso y del oprimido contra el opresor; los peores odios que se conocen! Por eso las guerras civiles, las sublevaciones y los motines de Irlanda se han distinguido en todas épocas por su carácter esencialmente cruel y feroz.

A esta poblacion habia empezado á halagar Jacobo II en su efímero reinado. Los empleos altos y bajos de la administracion de la isla fueron confiados á irlandeses; se formaron tambien regimientos en Irlanda; en Lóndres los católicos irlandeses desempeñaban importantes empleos, y hasta habia ya empezado la expulsion de la isla de los colonos de raza anglo-sajona. Con todo esto Jacobo se granjeó y conservó la simpatía de todo el pueblo irlandés, tanto que no tardó en recibir solicitudes apremiantes y halagadoras de sus antiguos empleados, invitándole á pasar á Irlanda. Luis XIV le excitó á aceptar estas proposiciones, porque una guerra civil en la Gran Bretaña impediría á este país tomar parte en las operaciones de la coalicion. Con este cálculo proveyó á su huésped de algunos millones en metálico, de armas y de oficiales para formar, instruir y mandar las

(1) Ley de colonizacion.

fuerzas irlandesas que debían organizarse; y para la travesía puso a su disposición 14 buques de guerra. Equipado así, embarcóse Jacobo y desembarcó el 22 de marzo de 1689 en Kinsale en la costa meridional de Irlanda.

Mirada de cerca, sin embargo, la posición de Jacobo II, no era tan halagüeña como parecía, porque había gran pugna entre su interés y el de su poderoso protector. Para Jacobo la posesión de Irlanda solo era la primera etapa para reconquistar la Inglaterra y la Escocia; ante todo quería sentarse otra vez en el trono de Inglaterra, y esto era cabalmente lo que Luis XIV no quería; porque establecido otra vez en su palacio de Whitehall, habría tenido que someterse tarde ó temprano á la voluntad de la nación inglesa, que quería la guerra contra la Francia. Así fué que el monarca francés hizo secretamente todo cuanto pudo para detener á Jacobo en Irlanda, peleando siempre con las tropas de su competidor Guillermo, sin alcanzar jamás un resultado definitivo, de modo que la Inglaterra no pudiese desprenderse de ninguna fuerza para enviarla al continente. En este sentido dió sus instrucciones al conde de Avaux, su representante cerca del rey Jacobo, y á Lauzun, el general en jefe de las fuerzas irlandesas, y súbdito francés. A tan fatal situación para el descendiente de los Estuardos se agregó la circunstancia de que los deseos de los irlandeses coincidían con la política del rey de Francia, porque sabían muy bien, por lo menos los jefes del movimiento, que reinstalando á Jacobo en el trono de Inglaterra, quedaría su isla otra vez sometida á este país. Querían pues tener un rey suyo, un rey irlandés, que librara á su patria del yugo odiado de los ingleses, de los invasores anglo-sajones y del protestantismo. En cambio, y diametralmente opuesta á esta tendencia era la de Jacobo, que creía de su interés ganarse por todos los medios el elemento anglo-sajón de la isla para abrirse el camino de la Inglaterra. El pueblo y sus jefes querían exterminar aquel elemento, y el rey se esforzaba por atraérselo.

No tardó en demostrarse que Jacobo era la parte más débil en esta pugna de intereses opuestos, sobre todo cuando fué total y vergonzosamente derrotado delante de Londonderry, la fortaleza y baluarte principal del protestantismo en Irlanda. Este golpe material y moral le hizo doblemente pendiente del parlamento irlandés convocado en Dublin, al cual propuso armonizar los intereses de la propiedad inmueble sobre bases conciliadoras, pues que en el estado en que se hallaban eran realmente inaguantables. El parlamento no estaba por esta clase de armonías y le obligó á anular la ley de colonización de Cromwell, con cuyo acto quedaron de un solo golpe expropiados casi todos los ingleses establecidos en la isla. Después, mientras el rey deseaba ganar las simpatías de sus enemigos por medio de disposiciones benignas y tolerantes, el parlamento le impulsó una ley de exterminio contra todos los que se rebelasen contra él, según la cual bastaba una simple denuncia en lugar de toda otra prueba, para reconocer la culpabilidad del individuo y condenarle á muerte. Además, el parlamento adoptó la especial precaución por un artículo de la misma ley de privar al rey de su derecho de gracia, antiquísima prerrogativa de todos los monarcas. Todos los protestantes, según aquella ley, debían deponer las armas, es decir, entregarse indefensos á la sañuda y sanguinaria venganza de los enemigos feroces de su raza y religión.

Con semejantes medidas no hubo ya para Jacobo medio ni esperanza de ser rey fuera de Irlanda. Sus partidarios en Inglaterra tuvieron que imponerse silencio y la Escocia reconoció á Guillermo III; pero Luis XIV había alcanzado su objeto.

El general Schomberg pasó á Irlanda con las tropas ingle-

sas más escogidas, alcanzando al principio algunas ventajas, pero pronto le obligaron á detenerse las fuerzas del enemigo, muy superiores en número á las suyas. Al año siguiente, 1690, en la primavera Guillermo III con un nuevo ejército anglo-holandés tuvo que pasar á Irlanda; de modo que tampoco se halló la Holanda en disposición de dañar á la Francia.

Otra circunstancia se agregó á las anteriores en favor de Luis XIV, á saber: la muerte de Inocencio XI, su adversario moderado, pero decidido, que falleció en agosto de 1689, ocupando su puesto un partidario de la Francia, el cardenal Ottoboni, bajo el nombre de Alejandro VIII. No contento Luis XIV con haberle ayudado á ser elegido papa, le ganó del todo con varias concesiones que se apresuró á hacer antes de que aquel se las pidiese: renunció en absoluto al derecho de asilo, y le restituyó el condado de Aviñón, de suerte que el nuevo Papa vió muy ufano en el rey de Francia y en su protegido Jacobo II los primeros adalides del catolicismo contra los herejes holandeses, alemanes é ingleses. Negó además al emperador de Alemania todo auxilio contra los turcos y dió á Jacobo II, cuando menos, su apoyo moral.

La gran coalición estaba paralizada, mientras Luis XIV apretaba todos los resortes del país que podían darle recursos para acabar de desbaratarla del todo por medio de unos cuantos golpes decisivos. Reemplazó á su ministro de hacienda Le Pelletier, hombre incapaz, con el conde de Ponchartrain, sujeto honrado, desinteresado, pero sin entrañas, obediente al rey y sin miramiento para otros intereses. Era un servidor como Luis deseaba y necesitaba; sin el talento ni las ideas creadoras de Colbert; todavía mucho más duro, cruel y opresor que este; sin cuidarse de fomentar la riqueza del país, y dedicado exclusivamente á servir los intereses personales de su amo. Los parlamentos que se habían conservado tuvieron que admitir para sus respectivas provincias nuevas contribuciones que subían á muchos millones; corporaciones y personas particulares tuvieron que aprontar sumas crecidas bajo diferentes pretextos; muchas ocupaciones fueron transformadas en empleos oficiales ó privilegios que los interesados hubieron de comprar al gobierno, como el comercio de ganado, los avisadores para entierros, las agencias de transportes, el carreteo ó transporte de vinos, etc. Vendieron en pocos años 40,000 de estos privilegios gubernativos extraños, y otros tantos compradores saquearon al público para reintegrarse del precio de la compra. Todo esto no bastó para llenar las arcas reales y fué menester fundar una especie de lotería bajo el nombre de *tontina*. En diciembre de 1689 se publicó un edicto, que mandaba bajo pena de galeras entregar á la casa de moneda todos los objetos de ajuar de oro y plata. En aquella época no se limitaban los orífices y plateros á hacer joyas y vajilla de metal precioso, sino que hacían hasta sillones, mesas, armarios y otros muebles. En cambio recibieron los particulares bonos sobre el tesoro; pero perdieron en total los muchísimos millones que representaban la mano de obra y el valor artístico. El rey mismo dió el ejemplo sacrificando magníficas obras de arte que hasta entonces habían sido su alegría y orgullo y la admiración de los extraños. Haciéndolo el rey, tenían que imitarlo las iglesias, que hubieron de entregar todas sus joyas que no les eran absolutamente indispensables para el culto. Peor que esta destrucción bárbara de obras artísticas fué otro decreto de la propia fecha que aumentaba el valor de la moneda en un 5 por ciento, sin cambiar su valor intrínseco, con cuyo objeto se recogió la moneda existente y se cambió por otra nueva. Esta operación, que no era sino una falsificación de dinero según se practicaba en la Edad Media, produjo al rey un beneficio de 18 millones de libras, ó sean

108 millones de pesetas. A todos estos arbitrios tuvo que añadir el clero un donativo «voluntario» en el año 1690, de 72 millones de pesetas.

Todos estos recursos reunidos permitieron ya emprender cosas de importancia, y así se aplicó Louvois después de esquilmar completamente el país, á sacar también los últimos recursos de su cerebro y energía para poner en campaña un ejército como el mundo no había visto ninguno desde el tiempo de Jerjes, para restablecer su fama y tomar el desquite de los descalabros del año precedente, que atendidas la ingratitud de su amo y la envidia de la Maintenon le habían puesto al borde de su ruina. Además de guarnecer perfectamente centenares de plazas fuertes, pudo poner en campaña un ejército efectivo de 200,000 hombres, que excedía en mucho á todo cuanto la coalición era capaz de reunir. La escuadra se componía de 80 navíos, 20 fragatas y 30 brulotes, tripulados todos por 50,000 individuos de marinería y tropa. Dudábase mucho entonces que la Inglaterra y la Holanda juntas fuesen capaces de reunir un número igual de buques y de tripulantes. A esta superioridad de fuerzas marítimas agregóse la circunstancia de encontrarse para su mando la persona idónea, á saber, el almirante Tourville, dotado de todas las cualidades para la dirección de tan importante máquina de guerra, conforme había probado en todas las ocasiones anteriores. El mando del ejército de Flandes fué confiado por el rey al mariscal duque de Luxemburgo, perdonándole sus crápulas y prescindiendo de su participación en los envenenamientos de la Voisin, para poder servirle de su gran talento militar. Por lo demás, era este el mejor general para mandar tropas cuya disciplina se había debilitado tanto como entonces, porque les permitía todos los atropellos contra los habitantes pacíficos con lo cual se hacía su ídolo y las llevaba á donde quería.

Catinat, que ya había adquirido gran renombre en el asunto de la ocupación de Casale, fué nombrado general en jefe del ejército de los Alpes. Era hijo de un consejero del parlamento, y no pertenecía de consiguiente á ninguna de las familias distinguidas del reino. El haber subido al elevado puesto que ocupaba en la milicia lo debió exclusivamente á sus eminentísimas dotes de talento; á una prevision sagacísima unida á un arrojo irresistible que le hacían particularmente apto para llevar á cabo empresas difíciles é ingratas. Por lo demás, era persona de sentimientos nobles y humanos, quizás el más simpático de todos los caudillos de aquella época, y de consiguiente apreciado, amado y popular en el ejército y fuera de él. A él debieron los países de Limburgo y de Julich el no haber sufrido igual suerte que el Palatinado, porque Louvois le había dado orden en 1689 de arrasarlos por medio del incendio, como quien manda quemar trastos viejos ó barracas.

Generales de este temple eran tanto más peligrosos para los aliados, cuanto que estos habían perdido el mejor que tenían, el más perito y el más fiel al emperador, á saber: Carlos V de Lorena que falleció en el mes de abril de 1690. Su falta se echó de ver muy pronto, tanto más cuanto que Mustafá Köprili, á título de gran visir, hombre enérgico con el cual volvió á entrar en la administración turca el espíritu de su distinguidísima familia, tomó la dirección suprema de los turcos, los aliados de Luis XIV. Mustafá Köprili había recibido una educación científica; sus principios eran rectos y su genio vasto, con cuyas cualidades introdujo en el gobierno el orden, la economía y una organización excelente. Logró no solamente poner sobre las armas fuerzas considerables, sino también llevarlas á la victoria luchando contra los imperiales. Su vanguardia compuesta de tártaros, destruyó en los primeros días del año 1690 un cuerpo de imperiales cerca

de Katsiomatt. Al propio tiempo Tököly, provisto de dinero francés, penetró de nuevo en la Transilvania, donde venció tan completamente á los imperiales, que ya pudo considerarse dueño del país; y en efecto fué elegido príncipe reinante por las diputaciones transilvanas. Acudió contra él el margrave Luis de Baden, y con no poco trabajo logró otra vez arrojarle del territorio; pero entretanto había tomado Mustafá Köprili la importantísima plaza de Nissa y marchaba Danubio arriba. Fué tomada también la fortaleza de Widdin por los turcos, y ya había causado esta nueva guerra innumerables bajas en las filas imperiales, cuando el gran visir se presentó el día 1.º de octubre delante de la plaza más importante que los imperiales habían ganado, pero cuyas fortificaciones habían dejado derruidas en su vanidosa negligencia; á saber: la ciudad de Belgrado. Cayeron las bombas turcas en la ciudad, y por desgracia algunas de grandísimo volumen en dos polvorines muy grandes y bien provistos, que volaron y abrieron dos colosales brechas en las murallas. Por ellas entró el enemigo y pasó á cuchillo ocho regimientos austriacos que guarnecían la plaza. La Hungría, y hasta el resto de Austria quedaron aterrorizados, temiendo ya ver al gran visir delante de Ofen cuyas fortificaciones estaban tan abandonadas como las de Belgrado; y tomada esta plaza, era natural que se presentara al año siguiente delante de Viena. La Francia por el contrario estaba llena de júbilo por las victorias de los infieles, los aliados mejores y más eficaces del rey cristianísimo.

Estando así las cosas, no pudo el emperador destinar fuerzas contra la Francia. El ejército que ésta tenía en el Alto Rin estaba mandado por el príncipe heredero, el Delfín, asesorado por el mariscal de Lorges en lo concerniente á operaciones militares. No alcanzó precisamente grandes laureos; pero los contrarios que tenía enfrente, los príncipes electores de Sajonia y de Baviera, no tenían fuerzas para salir de una simple defensiva, y hubieron de tolerar que los franceses se mantuviesen en la orilla derecha del Rin á costa del país. En los Países Bajos sucedió lo mismo al príncipe de Waldek con su ejército holandés insuficiente, y que no fué reforzado hasta el mes de junio, sin que acudiesen á su socorro ni tropas imperiales, ni brandeburgueses. En 30 de junio de 1690 tuvieron que pelear los holandeses cerca de Fleurus contra todo el ejército del mariscal de Luxemburgo, que aprovechó su inmensa superioridad numérica para arrollar á sus enemigos. Los holandeses sucumbieron después de una valerosísima resistencia, perdiendo de 14,000 á 15,000 individuos entre muertos, heridos y prisioneros. En esto llegaron los refuerzos, pero era tarde, bien que permitieron á Waldek impedir que los franceses sacaran ventajas de su victoria. A pesar de esto, no pudo ser peor la impresión que esta derrota produjo en toda Europa.

Por desgracia no fué este el único golpe sensible que en esta campaña recibió la coalición. Agregóse á la de Fleurus otra derrota marítima capital. La escuadra inglesa mandada por el almirante Herbert, partidario oculto de Jacobo II, á pesar de haberle nombrado Guillermo III conde de Torrington, se hallaba unida á la holandesa y colocadas ambas en frente de la francesa, mandada por Tourville, cerca de Beachy Head junto á la isla de Wight. Tuvo efecto la batalla el 10 de julio. Los holandeses, mandados por Evertson, lucharon un largo día de verano con incomparable valor contra los ochenta buques franceses sin que los ingleses tomaran parte en el combate, á excepción de algunas contadas andanadas que dispararon. Por la noche los franceses, tan superiores en número, habían capturado un buque holandés desmantelado siete y echado á pique ocho que Torrington tomó á remolque, y como quien huye precipitadamente, subió por el Támesis.